

PENSAMIENTO TEOLOGICO EN VENEZUELA

I DURANTE LA COLONIA



EQUIPO DE
REFLEXION TEOLOGICA

CURSO DE CRISTIANISMO HOY 11

CURSO LATINOAMERICANO DE CRISTIANISMO

1. Latinoamérica: Paz o Violencia Institucionalizada
2. Análisis Socio-Político de la Iglesia Latinoamericana
3. La Iglesia Latinoamericana busca su rostro
4. Tipos cristianos en Latinoamérica hoy
5. El Exodo
6. Liberación y Liberaciones
7. Salvarse en Latinoamérica
8. Cautiverio y Creación
9. Libros Sapienciales: Mujeres, Plata, Poder
10. Los Cristos de América Latina
11. Jesús de Nazareth
12. El Nacimiento de la Iglesia
13. El Constantinismo en la Iglesia

CRISTIANISMO HOY

1. Proceso Histórico de la Iglesia Venezolana
2. Cómo leer el Antiguo Testamento
3. El Antiguo Testamento leído al Pueblo
4. Cómo leer los Evangelios
5. La Eucaristía: La comida de la comunidad cristiana
6. Fe, compromiso y derechos humanos en Latinoamérica
7. El Protestantismo ayer y hoy
8. Cristo, una buena noticia
9. El Sacramento de la reconciliación
10. Tradiciones y tendencias en el Antiguo Testamento
11. Pensamiento Teológico en Venezuela:
I Durante la Colonia
12. Pensamiento Teológico en Venezuela:
II Durante la Emancipación (Bolívar – Roscio)
13. Pensamiento Teológico en Venezuela:
III Durante la República (Conservador y Liberal)
14. Pensamiento Teológico en Venezuela:
IV Durante el siglo XX.

PENSAMIENTO TEOLOGICO EN VENEZUELA

I DURANTE LA COLONIA

Sumario

LAS MISIONES DEL SIGLO XVII

- Choque de culturas
- Defectos y Virtudes de los Indígenas
- Beneficios de la Evangelización
- Fundar Pueblos

DOCUMENTOS DEL OBISPO MARIANO MARTÍ

- El Obispo Mariano Martí
- Objetivos de la Visita Pastoral
- Administración de los Sacramentos
- Evangelización: Métodos y Contenidos
- Moralidad Pública
- Conclusiones

CENTRO GUMILLA

Av. Cristóbal Rojas, 16 — Santa Mónica

Apartado 40.225 — Tfs. 661.28.40 y 661.95.15

CARACAS 1040-A — VENEZUELA

1981

Presentación

La historia de Venezuela, y en ella la del cristianismo y la institución eclesiástica, ha sido vivida por sus actores con una conciencia diversa: lúcida, añorante, futurista, extraviada... En esta conciencia de la realidad —de sus retos, posibilidades y caminos— el cristianismo ha jugado un papel contradictorio: argumentando desde él se ha justificado el “statu quo” y se ha propugnado la insurrección, se ha defendido como providencial la autocracia y el clasicismo, y se ha exaltado la raigambre evangélica de la lucha por la igualdad y la libertad.

En nuestro país no ha florecido hasta hoy la teología como ciencia especializada; sin embargo las ideas cristianas han sido invocadas y esgrimidas en momentos decisivos para lograr una decisión, encontrar un sentido o fortalecer una esperanza.

Nosotros hoy como cristianos venezolanos nos sentimos inmersos no sólo en el río de los acontecimientos que configura la situación actual sino en el conflicto histórico de las interpretaciones. De ahí la necesidad sentida de una historia de las ideas cristianas en Venezuela. Esta empresa necesaria es irrecusablemente una tarea colectiva y tan vasta que una generación no puede pretender agotar.

Mucho se ha logrado ya en acopio de materiales, destacando en primer lugar las ediciones de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Aún tal vez haya que urgir mucho en el siglo XIX y las primeras décadas del XX. En esta empresa colectiva nuestro propósito es bien modesto: a través de cuatro folletos intentamos presentar algunas calas significativas, tan sólo una aproximación preliminar a un tema que requiere ulteriores profundizaciones. Los trabajos son desiguales: desde rápidos apuntes sobre un grupo humano o un período al análisis más pormenorizado de un libro o de una figura representativa. El conjunto dista mucho de estar balanceado: Los siglos XVI y XVII están apenas abocetados en uno solo de sus aspectos. En el XVIII falta la referencia a las universidades, en el XIX se nota la ausencia de J. V. González y C. Acosta y el análisis del libro de R. Hernández. En nuestro siglo, entre tantas, podría señalarse la ausencia de un estudio pormenorizado sobre Briceño Iragorri...

Creemos, con todo, que estos folletos en algo pueden contribuir a dialogar con algunas de las voces más vivas de nuestro pasado y a borrar de paso esa impresión latente en no pocos sectores de que Venezuela habría sido un desierto y en nuestro suelo el pensamiento cristiano estaría aún por nacer.

LAS MISIONES DEL SIGLO XVII EN VENEZUELA

Después de 150 años, la población hispanizada se reduce a enclaves costeros con cierta penetración en la cordillera andina. La conquista se estrella frente a la tenaz resistencia de las bandas indígenas seminómadas.

En Caracas, los obispos Tovar, González de Acuña, y Baños y Sotomayor, inician el Seminario, construyen el primer acueducto, ayudan a fortificar la ciudad, celebran el Tercer Sínodo, hacen el Hospital, y discuten sobre la validez de las ordenaciones de mulatos.

Mientras tanto, muy lejos, al oriente, a las fronteras donde no avanzan las armas, llegan los misioneros. "Nuestra verdadera y católica religión no se pudo introducir en aquel territorio por medio de las armas ni de tantas conquistas hasta tanto que por los años de seiscientos y cincuenta y seis, informada la Majestad del señor don Felipe Cuarto... pidió religiosos para que apostólicamente redujesen aquellas naciones, las pacificasen y sacasen de la noche de su gentilidad a la luz y conocimiento del verdadero Dios" (Relación del P. Matías Ruiz Blanco a Su Majestad en septiembre de 1701. En: GOMEZ CANEDO O.F.M., Lino: Las Misiones de Píritu. Documentos para su Historia. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas 1967. pg. 110).

CHOQUE DE CULTURAS

Los capuchinos comienzan por los actuales estdos Sucre y Monagas. Los franciscanos en las Misiones de Píritu (Anzoátegui). Los agustinos en Mérida, Táchira y Barinas. Los jesuitas penetran desde Bogotá hacia el Orinoco, y por Guayana. Los dominicos reanudarán a comienzos del siglo XVIII las misiones que han dejado en 1614 en Barinas y Apure.

El capuchino José de Carabantes describe gráficamente estos primeros contactos con los indios: "Si algunos nos recibían medio bien y tratábamos de reducirlos a pueblos —porque no los tienen y sólo están dos o tres casas juntas y distantes a una o dos leguas de otras— decían que ¿cómo habían de dejar sus casas y los huecos de sus padres, abuelos y parientes, que en ellos tenían enterrados, y la comodidad de tener ya allí sus viandas, sembrados y tierras a propósito para ellos?

Si se les decía que era preciso para oír la palabra de Dios al juntarse y hacer pueblos donde pudiesen tener padres, decían: 'Y ¿qué es Dios?' Al decirles que era el creador del cielo y tierra, etc. se reían, pareciéndoles que era engaño o cuento.

Si proseguimos diciendo que, si no creían y obraban lo que les proponíamos, no podían ir a gozar la gloria eterna del cielo, y que les condenaría Dios nuestro Señor al infierno, decían: 'Y ¿qué cosa es gloria eterna? Y ¿qué cosa es infierno?' y al decirseles, lo oían como cuento fabuloso y se reían de todo.

Y aun hubo alguno que, al decirle que si era malo le echaría Dios al infierno, a padecer fuegos eternos, respondió: 'Pues yo no querré ir allá y con eso no iré!'

Tanta como ésta era su ceguera e ignorancia, y que parece no ser posible llegar a más, pues estaban tan sin conocimiento de

Dios que, preguntándoles a los más avisados de ellos que ¿quién había criado el cielo y la tierra?, después de haberlo pensado mucho, respondieron diciendo en su lengua: 'El indio no sabe eso; lo más que sabemos decir es que ha mucho tiempo que está hecho'.

Si algunos se movían a lo que les proponíamos, venían otros indios perversos, que llaman piaches, a quienes suele hablar y tiene engañados el demonio, y les quitaban de ejecutar aquellos buenos intentos, atemorizándolos de varias maneras". (**CARROCERA O.F.M.Cap., Buenaventura de: Los primeros historiadores de las misiones capuchinos de Venezuela. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas 1964. pg.81**).

Los misioneros se van a entregar totalmente a sus indios. Estarán dispuestos a todos los sacrificios por ellos.

Pero difieren bastante de las descripciones que nos hacen de ellos. Encontramos dos líneas distintas de reflexión teológica sobre su situación respecto al anuncio de la Buena Noticia de la Salvación. Una línea encontrará a ellos **pocas cosas buenas**. La otra línea los va a ver como los más dispuestos para recibir la fe, y explicará sus dificultades para llegar a ella.

Veamos primero la reflexión que hace el P. Agustín de Frías en una carta que escribe en 1660 al Obispo de Puerto Rico (**CARROCERA, o.c., pgs.150-151**):

"Mirábamos verificado en estos bárbaros, sin excepción ninguna, lo que con sentido llanto entonó el mismo Profeta (Salmo 13): 'Se corrompen cometiendo execraciones, no hay quien obre bien, ni uno solo'. Porque el que más mujeres tiene, ése es el más respetado, sin exceptuar ningún parentesco de afinidad y de consanguinidad, madre o legítima hermana. El que más bebe y se embriaga, ése es el término de sus cultos. Sólo tienen por bueno lo que la ley natural condena por malo. La venganza es su mejor dicha, y, para que se hallen más aptos a sus crueldades, en los pechos de sus madres les dan por juguetes el arquito y flechas. Si el padre o madre les habló alguna palabra menos cariñosa, la guardan toda la vida hasta que en sus borracheras llega la ocasión de quitarla a los que instrumentalmente le franquearon la que poseen. Cada día revolvemos una y otra teología sin que hallemos doctrina alguna para el desahogo, porque son tales sus cosas, que no se extendieron a ellos los desvelos de los doctores más ilustres. No reconocen cabeza ni sujeción alguna. En conclusión, señor, una nueva especie de hombre fuera de la especie de hombres. Ignoran que tienen alma, que hay otra vida, que haya gloria para el bueno y castigo para el malo. Es engaño el decir que dan culto al demonio ni a otro alguno, porque el que ellos llaman demonio con este nombre Furkano, es todo aquello que les ofende, v.gr., la enfermedad, etc. Si se les pregunta que quién dio principio a las cosas todas y a sus primeros progenitores, responden mil ridículos y bárbaros desatinos, porque el que más discurre dice que el padre de todos los indios, llamado en su lengua Amanaroca, el cual era hijo del sol y de una reina del aire que parió en la cueva del Guácharo, a donde, dicen, van sus sombras a bailar cuando se mueren. Al fin, mi señor y padre, fuera nunca acabar el querer referir por entero ni es posible por la pluma, sin dedicar mucho tiempo a la narración; sólo voy concluyendo este punto con decir que son estos bárbaros ateístas y tan ignorantes que parece el Espíritu Santo habló sólo de ellos cuando dijo: 'Piensa el necio: 'No hay Dios' "

Entiéndese esta bárbara ignorancia por todas estas provincias sin exceptuar nación ninguna, de lo que doy fe, como quien ocularmente lo ha visto y de cerca anotado, porque a fuerza de muchos afanes me hallo dueño de la experiencia, desmintiendo con ella los muchos y falsos informes que se han hecho así a las Reales Majestades como a los señores obispos de Puerto Rico, pastores in fieri de estos feligreses bárbaros. Y la causa es que como los que informan, informan mediante las noticias de los indios que entran y sa-

le, y éstos todos son hijos y padres del embuste y embeleso, viene a ser lo informado todo embeleso y embuste”.

Algo semejante podríamos encontrar en Fray Antonio Caulín (CAULÍN, Antonio: Historia de la Nueva Andalucía. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas 1966. pgs. 144-146):

“Me contentaré con decir en general: que todos los Indios de estas Provincias, aún después de poblados, son por naturaleza flojos, perezosos, taimados, agilísimos y astutos para su conveniencia, y enteramente negados al socorro de la ajena: prontísimos para urdir un embuste, y hacer creer una mentira, como de ella se les siga la consecución del interés que desea. Por este vil motivo serán instrumento de un falso testimonio, aunque de él se siguiesen las más infelices consecuencias, como ellos consigan salirse con la suya”.

“En ellos no hay palabra, fidelidad, ni constancia. La honra no la conocen; ni se avergüenzan, cuando se les da con su ruindad en la cara. De quien les hace bien sospechan comúnmente mal; y a quien los trata con rigor obedecen con simulación, y rendimiento. Rara vez responden la verdad, sin rastrear primero el fin, a que se dirige la pregunta; y así no reparan en repetir mentiras, como imaginen, que el sostenerlas les tiene cuenta”.

“No hay para ellos fiesta, ni baile sin prevención de bebida, que hacen de maíz, yuca, y otras frutas, que diluídas, y fermentadas, les causan una pesada embriaguez, a que se siguen las peleas, heridas, y algunas veces muertes violentas, que suelen dar a sus mismas mujeres”.

“En la crianza de los hijos son demasiadamente compasivos; rara vez los castigan por el temor de que no se les mueran. De aquí nace el criarse demasiadamente libertosos, y andar a su albedrío, así después cuestan indecibles trabajos a los PP. Misioneros para sujetarlos a la Escuela, y enseñanza de la Doctrina Cristiana”.

“Estos gravísimos pecados son en parte disculpados por su ignorancia: “Todo esto, y mucho más, que de ellos se puede decir, y está escrito, nace de su natural rusticidad, y crasa ignorancia, y del conocimiento imperfectísimo que tienen de todo bien moral, el cual, en mi juicio, les disminuye en mucha parte las culpas, que en muchos de ellos se pueden reputar por veniales, cuando en hombres de otra calidad fueran gravísimos pecados; y así nada de esto causa novedad a los Misioneros prácticos, ni disminuye el amor, que les tenemos como a hijos engendrados en Jesucristo”.

DEFECTOS Y VIRTUDES DE LOS INDIGENAS

Este amor a los indios ayuda a la otra línea de reflexión teológica a descubrir en ellos grandes cualidades y esos esfuerzos, incluso religiosos, con los que el hombre busca de muchas maneras a Dios, y que pueden considerarse como preparación evangélica.

Escribe así el P. Matías Ruiz Blanco (RUIZ BLANCO, Matías: Conversión de Píritu. BANH. Caracas 1965. pgs.36-46):

“Generalmente son de vista muy pers-

picaz y de grande tino, porque, aunque se embosquen por aquellos montes, nunca se pierden. Remedan a los animales con toda propiedad, y generalmente son hábiles para hacer cualquier cosa de manos, y cualquier cosa que ven lo idean y forman con propiedad y con menos instrumentos de los ordinarios que se usan en cualquier arte”.

“Peligran algunos indios por los tigres, aunque también los flechan y los matan. Sue-

len matar una fiera de éstas de un flechazo, y cualquier animal, porque son muy diestros en sus armas”.

“Corren y andan mucho, y trepan por cualquier árbol con gran ligereza. Son todos grandes nadadores y muy amigos del baño”.

“Aguantan mucho el hambre, y son muy pacientes y sufridos en sus enfermedades. Se curan con hierbas y raíces. Tienen mucha dieta, y no varían de alimento. Si la enfermedad es grave, llaman a un hechicero para que los cure con ensalmos”.

“Su mayor cuidado es estar alegres y desechar la melancolía, que para nada es buena”.

“Son liberales y nada codiciosos, y sientan que les digan miserables”.

“Aman tiernamente a sus hijos, y nos los castigan, porque dicen se morirían”.

“La política de los indios es respetar mucho a los ancianos”.

Y en unos tiempos en que los Caribes simbolizan la mayor oposición a la conquista española, les dirige estos elogios:

“Los caribes son más dispuestos y hermosos; más alentados, muy limpios y nada perezosos para el trabajo. Hacen sus casas con mucho primor, y todos los demás los respetan y temen”.

Resume así sus impresiones: “Se infiere ser gente que no son meramente bárbaros, como otros que hay sin género de república y que viven como irracionales, sí dispuestos para imprimir en ellos la religión y ritos de república cristiana; y, según dejó escrito aquella admirable mujer, María de Jesús Agreda, entre todos los infieles del mundo, los más dispuestos para recibir la fe son los indios de la América. Su Divina Majestad disponga el que haya operarios que se alienten a pasar para su reducción”.

„Dice el Espíritu Santo en el Eclesiaste que es infinito el número de los necios, en cuya clase no sólo se deben computar los malos católicos y alminados pecadores, sino

todos los sectarios y aquéllos que aún viven engañados con falsas religiones e inútiles ritos; y, de todos, los menos malos son los indios idólatras, a cuya noticia aún no ha llegado la luz del Evangelio, que como ésta es la única antorcha que Dios puso en el mundo para mostrar el camino a los que ignoran y yerran, en su ausencia es preciso que todas las acciones de aquellos miserables tengan por fundamento la ignorancia, fingiendo número de las cosas criadas que experimentan más pías y bienhechoras y procurando rastrear la suprema deidad, más por el beneficio que por otra cosa. ¡Oh sumo bien, cuya propensión es hacer favores. Conózcante todos los infieles. Envíales, Señor, tu palabra para que no yerren, y te tributen las alabanzas que el demonio, envidioso, te tiene usurpadas con sus falsos oráculos y apariciones engañosas. Y, pues, aunque engañados de las conveniencias terrenas y caducas, por ellas presumen hallar y conocer al Criador; confúndase el católico, a quien éstas mismas le apartan de conocerle, amarle y servirle, idolatrando en el oro, plata, regalos y otras mundanas conveniencias!”.

El misionero va descubriendo todo lo bueno que se halla sembrado en el corazón y en la mente de los indios. “Confiesan la inmortalidad de las almas y que, en separándose de los cuerpos, van a otro lugar: unas a sus heredades, y las más a una laguna, que llaman Machira, a donde se las tragan unas culebras, que hay muy grandes, y las pasan a una tierra de placer, a donde se entretienen en bailes y otras fiestas. Debe ser aquella laguna Estigia, que fingieron los poetas”.

Tras esta valoración positiva de los indígenas, el misionero reflexiona sobre la conquista. La codicia de los españoles es el mayor obstáculo para la evangelización. La misión se presentará como una alternativa sistemática, como un tiempo de gracia en lucha contra el pecado.

“Tengo gran compasión de aqueste país, porque si admitieran la fe, siento que habían de ser mejores cristianos que los demás indios; mas los agravios que han recibido de



algunos españoles nos han cerrado más la puerta.

Dicen algunos que son traicioneros, más no dicen la causa. Yo la sé y la callo, porque no la puedo remediar". Y cuenta dos alevosas matanzas de caribes por los españoles. Y prosigue:

Otros muchos daños experimentan aquellos miserables, cuyo miedo y horror les ocasiona el que no admitan a los ministros del Evangelio; y éstos trabajan más en defenderlos de las tiranías que en reducirlos y hacerlos cristianos. Entré en unos indios que me admitieron con buena voluntad, y sacaron por primera condición que no habían de entrar a su tierra españoles. Tal es el horror que les tienen".

Y terminará su obra reflexionando precisamente sobre este aspecto: "Preguntado a aquel siervo de Dios, Gregorio López, que si se condenaban muchos de los indios, se dice respondió, que de ellos pocos, y por ellos muchos. Finalmente, predicando una vez San Luis Beltrán en la ciudad de Santa Marta, exprimió una tortilla de maíz y salió sangre de ella, y dijo el santo a sus oyentes: no es otra cosa lo que coméis, sino sangre de los pobres indios" (id., pg.94).

BENEFICIOS DE LA EVANGELIZACION

Hemos visto la preparación evangélica que el misionero descubre en los indígenas. A la hora de juzgar sus manifestaciones religiosas, tendrá una condena para los bailes, por la presencia de ídolos, pero sobre todo por sus dimensiones anti-humanas. "Dos bailes tienen que, formalmente, son idolatrías" (pg.45). "No hay fiesta ni bailes sin prevención de **bebida**, de maíz y de otras frutas,

con que se embriagan; y algunas veces es con tanta destemplanza, que se enojan unos con otros y pelean y se matan". (pg.40).

Se señalará la ignorancia como causa de su falta de fe: "Tengo grave compasión de todos los indios, cuya infidelidad es sólo negativa, originada de suma ignorancia, y su dureza no nace de oposición alguna que tengan a la ley de Dios, que esto, siento, la abra-

zan de mejor voluntad, por medio del amor y agasajos, que con rigores y asperezas" (pg.65).

Y siempre resalta en ellos algún motivo de reflexión para los españoles: "Los supremos dioses de los indios son el sol y la luna, en cuyos eclipses hacen grandes demostraciones... Confusión es de los malos cristianos que, teniendo ofendido con culpas y enojado al Dios verdadero, se están de asiento con ellas sin hacer caso, ni la menor diligencia por aplacarle y ponerse en su gracia y amistad" (pg. 46).

La principal oposición la encontrarán en los hechiceros: "Estos son los sacerdotes suyos maestros dogmatizantes, y los mayores enemigos que tenemos los misioneros, como ministros que son del demonio. Predican contra nuestra doctrina, si bien sus ceremonias y artes diabólicas no tienen fuerza ni virtud contra nosotros, permitiéndolo Dios para su desengaño; mas ellos nos tienen por hechiceros de superior jerarquía, y ya se recelan mucho de nosotros" (pg. 41).

La predicación irá acompañada de señales contra el maligno y contra los hechiceros sus aliados. Mientras que la caridad de los misioneros no será solo una táctica proselitista, sino la mejor manifestación del Espíritu.

Señal de este amor será el desinterés de los misioneros. Los misioneros agustinos tendrán esta norma: "Que no tratasen de interés humano, siendo en todo pobres evangélicos... No admitiendo de los indios oro, plata ni otro metal, salvo legumbres o maíz" (CAMPO DEL POZO, Fernando: **Los agustinos en la evangelización de Venezuela.** UCAB, Caracas 1979. pg. 124). Los capuchinos añadirán una buena observación psicológica; "También importa mucho para la conversión de los infieles, el ver a los misionarios muy desinteresados, para que puedan mejor conocer que no buscan sus bienes sino sus almas. Han de excusar, cuando sea posible, el pedirles cosa alguna. Y, aunque no se pueda excusar al recibir de ellos algunos presentillos de fruta, que suelen hacer a los misiona-

rios, porque el no admitírselo lo tienen por afrenta, pero pueden darles alguna cosa en agradecimiento" (CARROCERA, o.c., pg. 117). **Y concluirán que esto implica que el misionero, como el apóstol San Pablo, vive de su trabajo personal:** "Y a este modo han de procurar los que le imitan en el oficio cultivar con las manos alguna huerta para sustentarse de los frutos de ella. Y han de excusar emplear a los negros e indios de éste ni otro ejercicio corporal".

No terminaríamos de copiar insistencias misioneras en el amor a los indios: "Para más motivarlos a recibir la doctrina evangélica, a abrazar y guardar la ley de Dios, han de hacer sus ministros particular estudio en mostrarse amorosos y apacibles con ellos, y en agasajarlos a todos, y en particular a los niños, que son los idolillos de sus padres. Y con esto a un tiempo quedan agradecidos y se dan por obligados padres e hijos. Y en cuanto sea posible sin faltar a Dios, se han de hermanar mucho con ellos, haciéndose del genio de cada uno y todas las cosas para todos para ganarlos a todos". (id., pg. 119).

Y para hacerse "del genio de cada uno" será fundamental con los indígenas aprender su **carácter apacible.** Al Superior le exige el padre Carabantes que sea "muy docto, prudente y apacible; porque, si le falta la prudencia no aprovechará con lo docto; y, si le falta el ser apacible y mostrarse amoroso padre de sus súbditos, ocasionará que le dejen, y con esto el perderse la misión" (id., pg.114). "Huyen los indios de los que les tratan con rigor y se van a los montes aunque sean cristianos. Y hasta los infieles suelen venir de partes remotas en busca de los misionarios que los tratan con amor, agasajo y cariño" (id. pg.124).

Aspecto importante de esa mansedumbre ha de ser la prudencia en proponerles las normas de vida. "Aunque sean bien recibidos los ministros del Santo Evangelio en las tierras de los infieles, han de ser muy cautos y mirados en publicarles las leyes eclesiásticas, disponiendo primero sus ánimos para que les reciban y guarden. Algunos, llevados más del

fervor que de la prudencia, todas las leyes se las quieren promulgar de una vez y que no dejen de observar ninguna; y lo que suelen sacar de esto es que las aborrezcan todas, que no abracen ninguna; que huyan de los misionarios y que queden con mala fe, peores de lo que antes estaban”.

“Opinión es muy recibida de los teólogos que aún a los católicos que con buena fe obran contra alguna ley, se les ha de dejar en ella y en su ignorancia, cuando se juzga con algún fundamento que el sacarlos de ella no ha de servir sino de que hagan después con ofensa de Dios y condenación de sus almas, lo que antes hacían sin tal peligro y sin ningún pecado” (id. pg.118).

Y Carabantes termina sus avisos con la siguiente advertencia: “No se precipiten los obreros de Dios; estudien bien la lengua de los infieles; denles a entender sus errores; convénzanles el entendimiento, cáptenles la voluntad y esperen sazón. Y con esto conseguirán lo que desean, que aún entre cristianos se atiende a la buena coyuntura para hacer la corrección. Y con ser de precepto el hacerlo, no hay obligación cuando no se espera fruto de ella. Y finalmente tengan espera y paciencia, atendiendo a que lo que mucho vale, mucho ha de costar” (id. pg.126).

No se trata sólo de recomendaciones prácticas. No es sólo una orientación pastoral que volveremos a encontrar en nuestro tiempo en la reflexión del teólogo uruguayo Juan Luis Segundo (Acción Pastoral Latinoamericana. Búsqueda. Buenos Aires 1972):

“Comunicar únicamente lo esencial del mensaje cristiano. Como una buena noticia. No agregar nada si no es a un ritmo que permita a lo esencial permanecer como tal”.

Y es que todas estas normas misionales implican, y muchas veces explicitan una Cristología, una visión concreta de Jesús, enviando en misión a sus seguidores. Es el Jesús que respondía a murmuraciones y calumnias diciendo: “No tienen necesidad los sanos de médico sino los enfermos”. “Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón”. El que reprendió a sus seguidores que querían hacer bajar fuego del cielo. El que daba la paz a sus discípulos, y les pedía que la llevaran a cuantas casas visitaran. El Jesús cuyo mensaje resumirá Juan con las palabras centrales: “En esto reconocerán todos que ustedes son mis discípulos, en que se aman unos a otros”. Ese Jesús a quien sigue Pablo haciéndose “todo a todos, para ganarlos a todos”, trabajando con sus manos para no ser gravoso a ninguno, para que nadie pueda sospechar del desinterés de su amor. El que recomendará: “Hermanos, en el caso que alguien caiga en alguna falta, ustedes que son espirituales, enderécenlo con espíritu de bondad” (Gál 6,1).

Se trata de algo más profundo. Es el descubrimiento de que lo cristiano no es la Ley sino el Evangelio. Que Jesús no vino enseñarnos o a imponernos unas normas, sino a anunciarnos la Buena Noticia de un Reino que ya comienza.



FUNDAR PUEBLOS

Un último problema que se plantean los misioneros en Venezuela en el siglo XVII es el del choque de las dos culturas, la indígena y la española. En el siglo anterior Fray Bartolomé de las Casas había intentado una evangelización con absoluto respeto de la cultura indígena, sin imponer de entrada o por las armas el sometimiento a la cultura de los españoles. Las Casas tuvo la imaginación y la reflexión teológica para proponer su método apostólico y la valentía de iniciarlo. Pero no tuvo la fuerza para imponerlo a los demás. Los misioneros continuarán aprendiendo la lengua de los indígenas, para anunciarles en ella el Evangelio, como lo mandarán el segundo y tercer Concilio de Lima (1567-68 y 1582-83. Cfr. Memoria del segundo congreso venezolano de Historia eclesiástica (San Cristóbal 1972). Arte. Caracas 1975, pg.216). Seguirán tratando de evitar las escoltas de soldados, que en el siglo XVIII se harán corrientes por motivos de seguridad. Pero obligarán a los indios a "formar pueblos", introduciendo así un cambio radical en sus culturas dispersas y recolectoras.

La obligación de formar pueblos estaba incluida en las Leyes de Indias, y la urgieron tanto los Concilios Provinciales celebrados en el Nuevo Mundo, como en particular el Concilio Provincial Dominicano (1622-23): "Enseña la experiencia y es sentencia común de los teólogos y confesores, que los neófitos se encuentran en evidente peligro de salvación cuando viven solos en los campos y fuera de la comunión de los cristianos, porque allí ni pueden aprender lo necesario para su alma ni pueden ser ayudados con el remedio de los Sacramentos" (id., pg.191).

No se trata simplemente de una aculturación forzada. Se descubre implícita la concepción de una salvación integral, no unilateralmente espiritual, sino alcanzando a todo el hombre. La Buena Noticia del Reino de Dios no es para después de la muerte. Tiene que comenzar ya, manifestándose en un mundo fraternal, en el que cada uno por su trabajo puede producir los bienes necesarios para todos. De ahí la insistencia de los misioneros en la capacitación para el trabajo, para que los indios no sigan dependiendo de la recolección. Los agustinos recomendarán a sus misioneros que ayuden a los indios "poniéndoles escuelas, donde aprendiesen a leer, escribir y contar, haciéndoles aprender oficios y artes, así para que se fuesen haciendo capaces, como para que medrasen con trabajos

honestos, siendo pintores, sastres, plateros y los otros artes a que se acomodasen sus habilidades y fuesen de importancia para sus pueblos" (CAMPO DEL POZO, o.c., pg.125). y del jesuita Alonso de Neira, apóstol de los llanos, contarán que aspiraba a que los indios "supiesen del todo". De esta suerte se instituyó y formó un pueblo en el cual, a expensas de sus trabajos, aplicación incansable y singularísima introducción con los indios, tuvo modo de instruirlos para carpinteros, herreros, sastres, zapateros, pintores y escultores" (DEL REY, José: Misiones jesuíticas en la Orinoquia. UCAB, Caracas 1977. pg.192).

Lo que aquí no hemos podido profundizar de las diversas normas de trabajo de los misioneros en la Venezuela del siglo XVII, como por ejemplo la insistencia en aprender las lenguas indígenas, se encontrará competentemente tratado en los citados trabajos de Carrocera (pgs. 113-126), Ruiz Blanco (pgs.62-67), Del Rey (165-207) y Campo del Pozo (123-127).

El contenido de su catequesis venía en cierto modo determinado por los Concilios de Lima, aplicados aquí por el Concilio Provincial Dominicano. "El contenido de la doctrina, que se hallaba en los Catecismos mayores, con cuatro partes, era casi siempre el mismo y se puede resumir así: principales

oraciones en romance, latín y lengua indígena, los artículos de la fe con su explicación, mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, sacramentos, los pecados capitales y virtudes opuestas, diferencia entre pecado mortal y venial, las obras de misericordia, las virtudes teologales y morales, las bienaventuranzas, los dones del Espíritu Santo, consejos evangélicos, las cuatro postrimerías del hombre, los sentidos corporales, las potencias del alma y sus enemigos, modo de rezar el Santo Rosario y oír Misa". (CAMPO DEL POZO, o.c., pg.182).

El siglo terminará con una interesante correspondencia entre el gobernador de Cumaná y el Rey, sobre la conveniencia de



Para nosotros, el problema no es apologético, sino eclesiológico y político. Lejos de nosotros erigirnos en jueces de la historia. Lo que se nos plantea hoy es el problema de la participación de la población marginada en la comunidad cristiana y nacional.

Quizá todavía no hemos encontrado el camino. Los misioneros del siglo XVII nos señalan la dirección. Nos recuerdan a quiénes les enviaba Cristo. Nos dijeron con quiénes estar. "Trabajaban más en defenderlos de las tiranías que en reducirlos y hacerlos cristianos" (RUIZ BLANCO, o.c., pg. 38).

A nosotros nos toca traducir en la malicia de nuestro siglo lo que nos puede parecer ingenuamente formulado por ellos: "muéstrense en todos amorosos padres de los indios, y los amarán como a tales; háganse en cuanto puedan de su parte, y harán ellos más de la suya. Intercedan por ellos caritativamente, cuando se ofrezca, con los ministros de justicia. Y verán cómo muchos buscarán la gracia de Dios y todos los venerarán como a ministros suyos y ángeles de paz" (CARROCERA, o.c., pg.125).

transformar en doctrinas plenamente integradas a la organización colonial las misiones de Píritu. El gobernador insistirá en que así los franciscanos quedarán libres para establecer nuevos puestos de misión, como de hecho sucedió en el siglo XVIII, en que vemos la gran expansión de las misiones, que llegan a cubrir todo el territorio de la actual Venezuela, unos años antes de la Independencia. El gobernador piensa también en el aumento de ingresos para el tesoro público. El comisario de las Misiones, el P. Matías Ruiz Blanco, insistirá en cambio en que pasarlas al régimen de doctrinas causaría prejuicios para los indios y su evangelización (GOMEZ CANEDO, o.c., pgs. 167-184).

El trabajo misional sufrirá una larga interrupción durante el siglo XIX. Todavía en nuestro tiempo discutiremos si las misiones están o no suficientemente preparadas para integrarse maduramente a la organización general del país. Se esgrimirán argumentos religiosos, antropológicos y de otras clases.

Rafael María Baralt es muy duro en su juicio de los misioneros. "Pilotos que velaban y trabajaban en la tempestad, cecieron y se durmieron en la bonanza; encallando por su descuido la nave que debió llegar salva a buen puerto" (Historia. Universidad del Zulia. Maracaibo 1960. Tomo I, pg. 333).

Los misioneros y sus historiadores han respondido autorizadamente a esta acusación, subrayando las realizaciones civilizadoras, humanitarias, y cristianas de las misiones.

PENSAMIENTO TEOLOGICO DURANTE EL SIGLO XVIII

DOCUMENTOS DEL OBISPO MARTI

Para captar el pensar teológico de un período determinado de la historia es necesario normalmente recoger y analizar la producción de sus escritores mas preclaros. Sin embargo, dicho análisis podría dar la impresión equivocada de que allí se refleja el sentir de toda una población, cuando por lo general las intuiciones de los grandes teólogos aparecen como elitescas en el momento de nacer, y solo más tarde lograron impregnar la mentalidad de una época.

Por eso y por la ausencia de pensadores de talla en la teología del s. XVIII en Venezuela ha parecido preferible investigar las notas de una Visita Pastoral.

No se trata, sin embargo, de una Visita rutinaria y sin relieve. El Obispo que la hizo gozaba de un poder de observación excepcional, y contaba con un incansable equipo de secretarios que anotaba los detalles mas insignificantes. La minuciosidad con la que en esta Visita se recorrieron y registraron los rincones más apartados del país hace que sus documentos sean un instrumento indispensable para los investigadores de ese período. De hecho la Academia Nacional de la Historia ha publicado la mayor parte de ellos en siete volúmenes de su serie "Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela" (vols. 95-101). Es ésta la edición que utilizaremos en nuestro recorrido. Intentaremos desentrañar a continuación la línea teológica de su pensamiento y acción pastoral.

EL OBISPO MARIANO MARTI

Uno de los más famosos Obispos de la Colonia, es sin duda Mons. Mariano Martí, Obispo de Caracas y Venezuela. Su visita pastoral nos muestra al pastor celoso, al hombre culto y acucioso que nos ha legado una obra clave para entender a la Venezuela de fines del XVIII.

Nació en Bráfim, en la provincia de Tarragona (España), y allí mismo fue bautizado el 14 de diciembre de 1721. Más tarde se graduó en ambos derechos en la Universidad de Cervera (Lérida) y en 1761 resultó promovido al Obispado de Puerto Rico.

Ya en esa ocasión pisó terreno venezolano, pues fue consagrado en el puerto de La Guaira por Mons. Madroñero Obispo de Caracas. Además, por aquél tiempo pertenecían a la diócesis de Puerto Rico las islas de Margarita y Trinidad y gran parte del actual Oriente Venezolano.

El 19 de enero de 1770 Martí fue preconizado Obispo de Caracas y tomó posesión de la Diócesis unos meses más tarde (14 agosto).

Poco despues, y siguiendo las recomendaciones del Concilio de Trento (s. XXIV

cap. 3) y de las Leyes de los Reinos de Indias (L.I., Tit., VII, Ley 24) comenzó la visita de su diócesis. Esta iba a durar doce años, tres meses y veintidos días, desde el 8 de diciembre de 1771 al 30 de marzo de 1784. Su

muerte acaeció el 20 de febrero de 1792.

Las notas dejadas por esta visita han sido declaradas con razón como la mejor descripción que poseemos de la Venezuela del último tercio del x. XVIII.

OBJETIVOS DE LA VISITA PASTORAL

Las Providencias de Visita que va dejando Martí en cada población pretenden "decretar lo más conveniente para el buen régimen y gobierno de ella, culto de Dios Nuestro Señor, de las Sagradas Imágenes, veneración de los templos, disciplina de sus Ministros y reformation de los vicios, y costumbres de nuestros amados fieles" (V.11).

Si seguimos las notas tomadas en cada lugar percibimos claramente una triple preocupación pastoral: la administración de los sacramentos, la enseñanza de la doctrina cristiana, la moralidad de las costumbres.

Pero antes de pasar a considerar por separado cada uno de estos tres apartados conviene resaltar que sus observaciones no se reducen únicamente a estos tres campos.

Ya de entrada se nos describe el estado de los caminos de acceso al lugar. Más tarde se apuntará qué tipo de población habita allí, qué origen étnico tienen si son indígenas, a qué familias pertenecen, qué lenguaje hablan. Se recoge el tipo de producción agrícola que domina y las ganancias que se sacan de ella, cuántos impuestos se pagan, cuáles son las condiciones de clima y salubridad, quiénes son los propietarios de las tierras. En los casos en los que existen, se visitan y describen la escuela, el hospital, la guarnición militar.

Por supuesto, la enumeración llega a convertirse en un inventario cuando se llega a la Iglesia. Dichos inventarios y censos ocupan cuatro volúmenes de los siete arriba mencionados.

No cabe duda de que esta acuciosidad en los detalles tiene mucho de temperamental. Así por ejemplo, en sus intervalos de descanso en la ciudad de Caracas anota día a día los viajeros que entran y salen de la ciudad, hasta llegar a dar la impresión de que allí no se mueve nadie sin que él lo sepa.

Pero no sería exagerado atribuir también parte de ese interés a una genuina preocupación teológica y religiosa. En ese tiempo la Iglesia, más aún en territorios de misión pero también fuera de ellos, es una auténtica promotora de civilización y de cultura. En ningún momento se considera satisfecha con haber cubierto las necesidades estrictamente religiosas de las personas a ella confiadas. Con innegables limitaciones y con bastante paternalismo religioso comprensible en el momento, el Obispo se preocupa por el estado de escuelas y hospitales y provee reformas en su administración y aún en su construcción. En ese tiempo existía ya una teología de las realidades terrenas, muy distinta de la actual pero no menos efectiva.



ADMINISTRACION DE LOS SACRAMENTOS

Se puede afirmar sin ninguna exageración que el centro de la vida cristiana consiste en tiempos del Obispo Martí en la recta administración y recepción de los sacramentos. Apenas diez años antes del comienzo de su Visita, el entonces Pontífice Clemente XIII había recomendado encarecidamente "a nuestros venerables Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos" volver a las enseñanzas del Concilio de Trento y al resumen presentado en el Catecismo Romano de San Pío V. Es este catecismo, precisamente, el que comenzará su tratado de sacramentos con una particular llamada de atención:

"Verdad es que todas las partes de la doctrina cristiana necesitan ciencia y celo; pero la doctrina de los sacramentos que por divina disposición es necesaria y muy copiosa en gracias, requiere talento y cuidado especial en el párroco, para que, con la instrucción exquisita y frecuente en ella, lleguen a ser tales los fieles, que se les puedan dar digna y saludablemente cosas tan excelsas y santas, y para que los sacerdotes no se separen de esta regla del divino oráculo: No deis a los perros las cosas santas, ni echéis vuestras perlas a los cerdos".

Imbuido de esta convicción, Martí va a poner un cuidado especial en todo lo relacionado con su administración.

BAUTISMO

Respecto al Bautismo el Obispo participa de la convicción generalizada de que los padres que no bautizan pronto a sus niños "exponen sus criaturas de morir privadas de la bienaventuranza" (V,368). Es importante por lo tanto no sólo bautizarlos sino bautizarlos bien. Por eso las visitas e inventarios muestran gran preocupación por anotar cuándo las parroquias tienen una pila que permita conservar todo el año el agua consagrada en el Sábado Santo, o cuándo la carencia de estas pilas obliga a bautizar sólo con agua bendita. En cada caso se anota asimismo el estado de los óleos.

De la misma manera se revisan y corrigen los libros parroquiales donde constan los bautismos. Curiosamente estos libros señalan por separado los "bautismos de blancos" y los "bautismos de la gente común" sin que el Obispo tenga una política clara y definida al respecto. En Quíbor de-

creta que:

"Convendría quitar la distinción de libros parroquiales de indios, negros, blancos, mulatos, mestizos y sambos, y todas las partidas de entierro ponerlas en un libro, sean de la calidad que fuesen, y de este modo se evitarían muchos pleitos, pues ahora quieren probar sus calidades con las partidas de los libros parroquiales, siendo así que éstos no prueban otra cosa que la administración de aquel sacramento o entierro que se hizo en aquella parroquia" (I,357).

Sin embargo en la Villa de Perijá se recomienda "cuidado de escribir las partidas de los indios propios y mestizos que procedan de ellos por la mezcla con blancos en el Libro destinado para éstos, y no en el de negros, zambos y mulatos". (V,85)

Pero todo esto en definitiva no preocupa demasiado, porque no afecta a la validez del sacramento. Más difícil de discernir es

que "acá en estos tres pueblos (Capatárida, Zazárida y Borojó) hay la costumbre de que luego que nacen los niños les echan el agua, y después llevan a la Iglesia a las criaturas, para suplir las ceremonias, pasados uno, dos y hasta tres años" (I, 111). En consecuencia, dado que todo lo anterior "cede en manifiesta transgresión de los sagrados cánones que prohíben los bautismos privados; a más de la duda que se origina de la rusticidad de los bautizantes sobre si debe reiterarse el bautismo sub-condicione, o solamente suplirse las ceremonias de la Iglesia ordenadas en la ad-

ministración del bautismo solemne... por tanto ordenamos y mandamos bajo la pena de excomunión mayor, que ninguna persona de cualquier calidad y condición que sea fuera de algún caso urgente, y de necesidad, administre el sacramento del bautismo, sino que lleven los niños a la Iglesia para ser bautizadas dentro de ocho días, que es el tiempo prescrito en las sinodales de este nuestro obispado" (V,71).

Se puede suponer que esta práctica estuvo muy extendida a juzgar por su frecuencia aún en nuestros días.

CONFIRMACION

El sacramento de la Confirmación tuvo que ocupar una parte importante de la Visita Pastoral. Sin embargo, muy poco se nos dice en las notas personales sobre él. Unicamente se recogen de vez en cuando algunas estadísticas que permiten captar la magnitud del recorrido realizado.

Al llegar a Barquisimeto se nos anuncia que "hasta el 10 de junio de 1779 llevaba ya confirmados en esta visita más de ciento y setenta y dos mil personas (II,75). En San Carlos se nos vuelve a comunicar que "en la

visita de esta Diócesis, hasta el día 26 de abril de 1781, llevo confirmadas 204.199 personas" (II,258). Para el primero de julio de 1781 el número de confirmados asciende a "doscientos catorce mil quinientos y treinta y cuatro almas... y considero que muchos confirmados se han omitido" (II,294). Por fin en la sabana de Ocumare, ya hacia el final de la visita, se habla de 276.672 confirmados hasta el 14 de junio de 1783 (II,586). Faltaba aún por recorrer gran parte del valle del Tuy y toda la región de Barlovento.

CONFESION

La práctica de la confesión anual es entonces uno de los pilares sobre los que se asienta la buena marcha de una parroquia. La ocasión sirve también para controlar los conocimientos religiosos de la feligresía.

Para hacer este control más efectivo los Decretos de Visita contienen una cláusula que con las mismas palabras u otras semejantes repite este mandato dado en la ciudad de Maracaibo:

"Deseando... que las confesiones se hagan más expeditas sin recelos ni dudas en todo lo que ellas necesitan para ser buenas y provechosas y que después la sagrada Comunión dignamente recibida cause en sus almas el fruto que se desea: ordenamos y mandamos a los dichos fieles de ambos sexos que antes de confesarse se examinen de la Doctrina Cristiana en cualquiera iglesia de este pueblo, y obtengan cédula de aprobación en este examen de cualquier sacerdote secular o regular, sea o no confesor, la que deberán

presentar inmediatamente antes de confesarse, sin cuya circunstancia es nuestra voluntad, que los confesores no oigan penitencia a el fin de cumplir con el precepto anual de la confesión a ninguno de nuestros feligreses" (V,136).

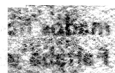
Igualmente importante se considera la confesión de los enfermos en peligro de muerte. Es ésta una de las obligaciones principales de los párrocos por la que son amonestados en caso de negligencia comprobada (I,355). De la misma manera se manda en los hospitales "que a el tercer día de haber entrado los enfermos... o antes si hubiese urgencia, hayan confesándose y recibido la sagrada comunión si fuesen capaces" (V,60).

Respecto a la práctica concreta de la confesión poco se nos dice. Nos enteramos accidentalmente de algunos abusos. Un tal Aponte, de Valencia, denuncia ante el Obispo que para cumplir el precepto anual fue primero a los Guayos, pero "viendo que allí se pedían tres reales y hasta ocho para la confesión, se fue a Guacara, cuyo Cura lo confesó, y antes de empezar la confesión le dixo el Cura que él trabajava para comer, y haviéndole dicho este penitente que trahía sólo dos reales, lo confessó, y después el mis-

mo penitente le dio los dichos dos reales, y el dicho Cura confesor le recibió los dos reales" (II,419-420). En algún otro caso se denuncia que el cura "revela el sigilo de la confesión sin reparar en ello" (II,473).

Macayra presenta una práctica más original ya que "en algunos de estos feligreses se ha introducido la diabólica persuasión de que hallándose con culpas cuya gravedad les haga vergonzosa su confesión pueden confesarse solamente de aquellas que les causen menos pudor y que acusándose de las más graves ante una imagen de Jesucristo o María Santísima les quedan todas perdonadas". Martí, ante este hecho, se deshace en ponderaciones "de los enormes sacrilegios que cometerían al practicar una confesión de su naturaleza nula... insistiendo mucho en que se condenarán por un solo pecado mortal que callasen al confesar aunque le confesasen millares, como se han condenado muchos" (V,438, n.16)

EUCARISTIA

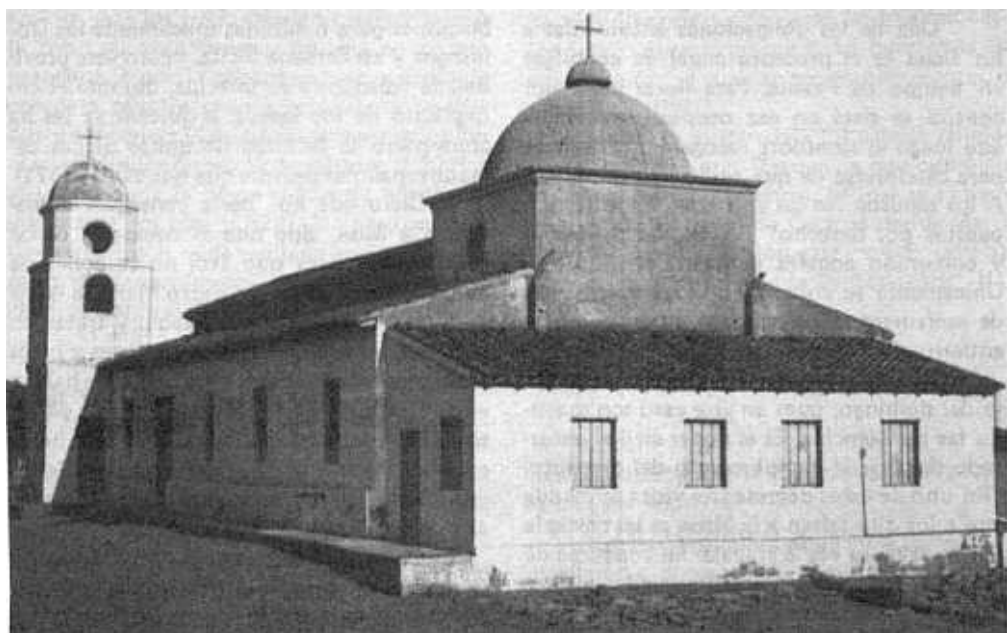


Como es fácil suponer, las indicaciones sobre la recta celebración de la Eucaristía ocupan en los documentos de visita un lugar especial.

Ya al entrar en la Iglesia, Martí tiene cuidado de revisar en qué condiciones "está colocado su Divina Magestad". Cuidará, por ejemplo, de que normalmente no haya en cada Iglesia más de un sagrario, que se encuentre bien situado y atendido. Inspecciona detalladamente quién provee de aceite para que la lámpara esté todo el año encendida. Decreta que aún en las Iglesias pobres se diga la Misa sobre ara y tres manteles, de los cuales "los de encima deberán ser de lienzo delgado con encajes u otra guarnición" (V,14). Previene que no se erijan nuevas capillas sin que cuenten con el debido

ajuar (V.54). Hasta amonesta en una ocasión al sacerdote para que "mude la cocina a otra parte, sacándola del aposento inmediato a la testera o pared del altar mayor". (II, 152).

Asimismo se regulan las condiciones en las que sería irreverente decir Misa o llevar el Viático. "No he permitido que se diga Misa, porque esta hazienda está embargada por el Rey, y no se sabe de quién es" (I,15). "Si dentro de tres meses no se concluye la Iglesia nueva, se abstengan los sacerdotes de celebrar en la vieja por indecente y desaseada" (I,16). Se prohíbe llevar el Viático a las poblaciones del lago de Maracaibo que viven en palafitos sobre el agua "pues es cosa muy indecente que su Divina Magestad ande con canoa por el mar, a más de la indecencia de embarcarse y desembarcarse el Cura, y subir



y bajar desde la canoa a los soberados o pisos" (I,141), aunque "dizen que la provincia de Venezuela toma el nombre de estos cuatro pueblos (Moporo, Tomocoro, Misoa, Lagunillas) fundados dentro del agua a la manera de una pequeña Venezia" (I,145). Por razones semejantes deja al arbitrio del cura ver si puede llevar el viático por caminos de acarreo de ganados y cargas donde "los arrieros y otros no prestan la veneración debida sin querer apearse y arrodillarse", o por "algunos barriales especialmente en tiempo de lluvias" (V,309, n.17). También se disuade a los párrocos de que expongan con demasiada frecuencia el Santísimo ya que "de estas frecuentes exposiciones se originan desprecios o a lo menos con ellas parece se disminuye en cierto modo aquel alto respeto que infunde la Majestad vista raras veces" (V,398 n.18).

En diversas ocasiones se decreta que no se administre el Viático a distancia mayor

de una legua de la Iglesia y se previene a los feligreses "que los que viven distantes de dichas Iglesias más de una legua traygan los enfermos al pueblo o a alguna casa que no diste de alguna Iglesia más de una legua" (I,444). Con todo, en algunos casos este límite se extiende considerablemente hasta alcanzar la distancia de doce leguas (II,65).

Después de la reforma Tridentina había un cuidado especial en controlar y unificar las formas de celebración de la Misa. A juzgar por las notas personales, no parece que el Obispo Martí haya tenido mucho trabajo al respecto. Sólo un par de veces menciona: "Se le ha persuadido que observe puntualmente las Rúbricas, pues decía la Misa en diez minutos" (II, 203). "No dize mal la Misa, solamente que la palia del cáliz la quita con la mano izquierda" (II,350).

Otros ordenamientos cuidan de que no se continúe la celebración de la Misa mientras se están leyendo las amonestaciones, avi-

so o proclamas (V,405); o de que no se digan otras Misas en altares laterales durante la predicación semanal del Evangelio (V.67)

Una de las obligaciones encarecidas a los fieles es el precepto anual de comulgar en tiempo de Pascua. Para llevar un mejor control se dará en esa ocasión una cédula que luego el sacerdote recogerá a su tiempo para cerciorarse de que todos han cumplido. A los remisos "se les aplicarán las penas impuestas por derecho" (V,89). La confesión y comunión anuales deberán ser gratuitas. Únicamente se cobrará en la administración de sacramentos los bautizos, matrimonios y entierros (V,44).

Aún es más urgida la asistencia a la Misa del domingo, pues en este caso son mayores las deficiencias. Es el poder civil el encargado de urgir el cumplimiento del precepto. "En uno de estos decretos de visita se manda que a los que falten a la Misa se les castigue por la primera vez a trabajar en beneficio de la Iglesia dos jornales; por la segunda, cuatro; y por la tercera ocho, y que después se les ponga en la cárcel" (I,372). En Ospino se llega a hostigar a los indígenas que por tener sus conucos alejados de los centros de población no asisten a Misa ni a la Doctrina: "He prevenido a este Cura... que destruya las casitas que aquellas gentes tuviesen en aquellas escondrijas, para que no les queden motivos de bolverse a ellas, y... que este Cura les destruya los dichos sembrados, a más de las casas" (I,570). Además, quien faltare a Misa tres días de fiesta continuos queda excomulgado (V.78).

Claro que en algunos casos las distancias son tan grandes que se necesita una regulación especial. Los habitantes de las haciendas distantes de la iglesia de dos a cuatro leguas tienen que oír Misa cada quince días. Quienes distan más de diez leguas, cada dos meses. Aún así, también en estos casos sigue vigente la obligación de no trabajar ningún domingo (V.344). Un caso especial se presenta a los blancos que habitan cerca de poblaciones de indios, a quienes está prohibido por las Ordenanzas Reales tener residen-

cia en ellas. En tales casos se propone a los indios si voluntariamente quieren consentir que los blancos construyan casas en sus poblaciones para habitarlas únicamente los Domingos y en Semana Santa. "Pero esta providencia solamente es interina, durante el beneplácito de los indios, a quienes se les ha conservado la facultad de quitar dichas casas de españoles siempre que quieran" (I,372).

Claro que no basta conseguir la asistencia a Misa, sino que es necesario dictar providencias para que ésta no se convierta en pura fórmula. En Calabozo Martí se queda de que "acá los hombres hablan y tratan en la Iglesia de mulas, cavallos y bueyes y otros asuntos, y las mujeres ellas con ellas hablan en la Iglesia" (II,157). En los Puertos de Atagracia, declara excomulgado al que habla en Misa "más allá del espacio de un Credo que consideramos suficiente para el caso de alguna urgencia". (V,79).

Otros abusos son más localizados. En Cúa, por ejemplo, "al tiempo de la Misa está la Iglesia vacía, y la gente está en la plaza oyendo Misa desde allí" (II,577). Allí mismo varias personas cometen el "mucho reprehensible desacato... de entrar a la Iglesia con puñales, cuchillos y lanzas al tiempo de oír misa y de asistir a otros actos religiosos" (V, 430).

Varias poblaciones reciben decreto contra la costumbre de fumar en la iglesia: tabaco de humo o de mascar chimó manchando el suelo y las paredes (V,139) y en un caso se prohíbe a los jueces y acreedores que aprovechen la Misa para citar o emplazar a los feligreses ya que entonces muchos se retraen por miedo a ser molestados (V, 295). Por fin, varios decretos insisten en la necesidad de ir a la Iglesia con un vestido apropiado. Aquí las providencias descenden a detalles como "que los hombres no entren a las Iglesias con la camisa sobre los calzones" o "que las mugeres vayan con los pechos más tapados y los hombres con la camisa botonada" (I,574). En algunos casos es el pueblo mismo el que deja de oír Misa "por querer concurrir a la Iglesia con iguales adorno-

nos y atavíos que la gente de conveniencias'' y no tener con qué comprarlos (II,201).

Hemos mencionado ya algunos casos en los que los fieles quedan castigados con la pena de excomunión. En una época tan preocupada por la contaminación y ecología como la nuestra resulta interesante reseñar que ya entonces se castigaba con excomunión la quema indiscriminada de sabanas (I,281) o el ejercicio de la pesca mediante envenenamiento de los ríos (I,528). Un caso exótico de excomunión se da también en San Jayme, cerca de Barquisimeto, ya que "acá hay una mala costumbre de que a los que concurren

a las procesiones de Semana Santa les tiran virates, que son como unas pelotas, terrones y otras cosas, desde las palissadas o cercas, de las calles por donde pasan las procesiones. He dejado decreto prohibiendo, baxo pena de excomunión, el arrojar semejantes virotes o terrones". (II,91).

Sobre la asistencia a los oficios religiosos se apunta con frecuencia que cumplen más mujeres que hombres. El mal se extiende hasta la Catedral de Caracas donde Martí observa en una ocasión que "causa lástima ver tan poca asistencia de Prebendados" (II, 598).

MATRIMONIO

Es conocida la preocupación del Concilio de Trento por regularizar la abigarrada jurisprudencia que se había entretejido con los años alrededor del Matrimonio. Martí será fiel a las nuevas directrices exigiendo la forma canónica de celebración y la adecuada centralización de poderes que evite matrimonios dobles o clandestinos, así como el registro en los libros respectivos.

Una parte considerable de la Visita, sobre todo en las grandes ciudades, se va en atender a reclamos sobre anulaciones, separaciones, dispensas de impedimentos, corrección de abusos. Consideramos algunos de estos casos al hablar más tarde sobre las directrices morales de la época. Por lo general, las soluciones son las clásicas y no ofrecen un motivo especial de comentario.

Una vez más, también aquí se acude con frecuencia al brazo secular para hacer frente a situaciones irregulares. Las penas pueden llegar a cárcel o destierro.

Por su parte quienes son obligados a contraer matrimonio con personas con las que cohabitan públicamente, alegan con frecuencia impedimento por cópula ilícita en primero o segundo grado, es decir, por haber tenido también relaciones con algún pariente próximo de la pareja. Este recurso aparece

más como escapatoria legal que como reflejo de una situación real.

En ese tiempo la Iglesia mira todavía al matrimonio con una cierta desconfianza, como un mal menor o un remedio de la concupiscencia. Así se advierte al Vicario de Barquisimeto "que procure se casen tantos solteros como hay acá, para cortar escándalos" (II,77). En Acarigua, donde hay población indígena, se previene al Cura "que procure a que los muchachos de catorce años y las muchachas de trece años se casen luego, pues así se pueden evitar muchos pecados" (I,588). Algo semejante se decreta en Quara, cerca de Chivacoa (II,391).

Aunque en los matrimonios, lo mismo que en los bautismos, es frecuente separar los libros de blancos de los libros de "gente ordinaria" o "gente común", Martí condena repetidas veces a quienes impiden el casamiento de libres con esclavos (I,25 y 28) o a los amos que fuerzan u obstaculizan el matrimonio de sus propios esclavos (V,141).

En fin; como hemos indicado hace un momento, la preocupación principal de párrocos y Obispo no está en la celebración de los matrimonios, sino en su continuación. Pero sobre eso hablaremos más adelante.

SACERDOCIO

Los encargados de llevar adelante toda esta labor sacramental son, naturalmente, los sacerdotes. En un tiempo en que aún no estaban generalizados los seminarios, Martí anota cuidadosamente en cada pueblo las credenciales de cada uno de ellos; fecha y lugar de nacimiento, estudios realizados, ordenación, oposiciones, títulos canónicos, servicios prestados.

El conjunto no es malo. Todos presentan un largo historial de estudios, aunque nada se diga de su calidad o aprovechamiento. En general se considera a la gran mayoría apta para el ministerio que está realizando, aunque no falta quien "quando predica, sus sermones son cortos, porque regularmente se pierde" (II,663), o quien "de pura vergüenza no predica" (II,679). En algún caso aislado se menciona un sacerdote que después de examinado en la Visita ha quedado como "inhábil para confesar y predicar por su ignorancia" (II,366), o se acepta por la misma razón un memorial de renuncia de un párroco (I,456).

Algunas notas escuetas reflejan lo que entonces se esperaba de estos sacerdotes. "Cumple con su ministerio de administrar los Santos Sacramentos, de enseñar la Doctrina Christiana, predicar y confessar" (II, 412).

Claro que dentro de este amplio gremio había toda una gama de categorías que comportaban obligaciones diferentes. Al igual que en la época actual, había diferencias entre párrocos y auxiliares, o entre clérigos de órdenes mayores y menores. Estos últimos, que llevaban ya traje talar y tonsura, se concentran sobre todo en las grandes ciudades. Además se distingue entre "confesores" y "simples sacerdotes", por lo que se adivina que las licencias de confesar no eran fácilmente concedidas (I,286).

Pero la diferencia mayor es aquélla que divide a los ordenados en capellanes y curas doctrineros según sirvan en una pobla-

ción de españoles o de indígenas. Cada uno tiene sus privilegios y obligaciones. Como lo indican los mismos nombres, en las poblaciones indígenas ocupa un puesto central la enseñanza de la doctrina. En las poblaciones blancas en cambio se da por supuesto, no sin cierto optimismo, que ya los pobladores están adoctrinados por lo que el ministerio sacerdotal se concentra más en la administración de sacramentos y la organización de servicios religiosos. Las diferencias tienen peligro en convertirse en clases. Así Martí juzga necesario enviar a Cabruta un Cura Doctrinero para atender a los indígenas, a pesar de que ya existía un Capellán "porque los Curas de españoles pagados por éste no se sujetarán a estas cargas propias de los Doctrineros" (II, 142).

Un capítulo aparte lo constituye el comportamiento moral de los sacerdotes. Las notas de la Visita muestran tanto interés en esto como en la constatación de sus capacidades pastorales. A este respecto se puede decir que como regla general la imagen es también bastante positiva. Resulta frecuente leer frases como "no se sabe cosa contra sus buenas costumbres", "a nadie he oído hablar mal de él", "es hombre de bien".

No faltan sin embargo casos bastante numerosos de amancebamiento, y de vez en cuando asoman caracteres sumamente pintorescos. "Se me ha denunciado que este religioso Capuchino bebe mucho aguardiente, y que se le calienta la cabeza, y entonces todos los gritos y barajuste a todo el pueblo, y luego llegado a dar públicamente una bofetada a Bartholo Vicuñas, moreno" (I,148). El cura de Carora, además de estar amancebado "anda jugando a naypes y dados a las casas con negros, indios, mulatos y con toda especie de gentes y echándose maldiciones cuando pierde... Este Cura, don Domingo Alvarez se embriaga, y por su embriaguez falta a la Iglesia semanas enteras, y ahún meses" (I, 319-320).

Otras veces se anota únicamente algunas aficiones que pueden causar detrimento a su dedicación pastoral. "Es hombre pacífico, de buen genio, inclinado a hatos y a cuidar de bestias. Es sugeto necesario acá por no haver otros Sacerdotes" (II,163). Ni falta quién "pérdió mucho caudal de mulas y caballos" en el juego (II,227). Por fin, se amonesta a alguno para que resida en su parroquia "sin ausentarse de ella con ningún pretexto, causa ni motivo, sin expresa licencia nuestra" (V,40).

El Obispo se muestra sumamente indulgente con los defectos de sus encomendados. Rara vez se pasa de una amonestación.

"Es de advertir que en ninguno de los mencionados Sacerdotes se ha advertido ni tenido noticia produzcan nota alguna en sus procedimientos correspondientes a su estado entre sí, que se portan con toda modestia, decoro y buen exemplo, cumpliendo exactamente en sus ministerios y conservando buena armonía y tranquilidad, no sólo entre sí, sino también con los demás vezinos del pueblo; estudiosos e instruidos en las materias de su obligación. Esta es buena clerecía" (II,263).

Distinto es el caso de los Religiosos, ya que Martí tiene constantes roces con ellos por motivos de jurisdicción, y estos problemas producen un resquemor evidente que se refleja a menudo en sus notas.

El Hospital de San Juan de Dios de la Guayra, por ejemplo, muestra repugnancia a la visita y pone trabas a su desarrollo. La tensión llega al punto de que, ante la negativa del Superior a presentar las cuentas, el Obispo acuda a la suspensión "de decir Missa, predicar y confessar y de celebrar otra cualquier función eclesiástica" (I,12). Ese mismo día son presentadas las cuentas y se retira la censura.

El Provincial Franciscano por su parte "va llenando el número de ocho Religiosos en los conventos por donde yo passo, para que yo no los visite" (I,388). En el Tocuyo confiesa que "no he visitado la Cofradía del Rosario, por no tener la cédula real que gané contra los Dominicos de la Margarita, que se resistían a visitarlo en virtud de sus privilegios" (I,387).

Lo que más le molesta a Martí es no poder contar con ellos para la asistencia pas-

Además trata de sopesar con cuidado las denuncias, de no admitir más que las comprobadas y de no darles más importancia que la que tienen en realidad. Es iluminadora la siguiente anotación benévola: "Este Cura es de genio bueno, dadivoso. No es interesado, y no se le conoce otro defecto que el de la bebida. Sin embargo, nadie lo ha visto que se cayga de borracho" (I,412).

No conviene olvidar no obstante que existe un gran grupo de sacerdotes ejemplares. A muchos se les podría aplicar lo que dice Martí respecto a los sacerdotes de San Carlos:

total de sus parroquias. "Sin embargo de que por real cédula dada en Buen Retiro, a 10. de Febrero de 1753, se exoneró enteramente a los conventos regulares construidos en esta diócesis, de los curatos o doctrinas de indios reducidos en ella que obtuvieron interina y precariamente, habiéndose conferido desde entonces a clérigos seculares, conforme a las leyes del real patronato: no por eso están exento los mismos regulares de ayudar al clero secular en sus ministerios siempre que se necesita este sufragio, según las disposiciones canónicas y reales concernientes a la materia" (V,228).

Haya lo que haya de verdad o apasionamiento en sus descripciones, las notas de Martí sobre el estado de la vida religiosa no son nada halagadoras. Respecto a los Franciscanos de Carora, después de una enumeración detallada de sus entradas, se concluye que "a cada Religioso, se le puede computar que grava al pueblo donde reside en quinientos pesos... y todos estos gastos los sufre el pueblo sin especial utilidad espiritual, pues o no confiessan, o confiessan a pocos, esto es, a sus apasionados, amigos y a sus

compadres y comadres y ahijados" (I,336). También en el convento de Franciscanos de Valencia "hay muchos enfermos o inútiles, pues muchos de los que están sanos no trabajan por sus jubilaciones o exenciones" (II,419).

Los Capuchinos de Camaguán "ponen mucho cuidado en sus casas, que las tienen muy grandes, y se ocupan mucho en economías para mantenerse, ocupando para esto a los indios" (II,140). Lo mismo hacen en Perijá donde "estos Misioneros los obligan a

trabajar, sin darles un maravedí ni jornal alguno, y solamente dan de comer a estos indios el día que trabajan y de tarde en tarde... Ninguno de éstos Misioneros permite que un indio alguno salga de su pueblo menos que sea para diligencias del mismo Misionero de manera que estos indios están como esclavos" (I,269).

Para Martí "todos estos absurdos provienen de estar exemptos los regulares de la jurisdicción ordinaria" (I,337). "Convendría representar esto a su Magestad" (I,440).

EVANGELIZACION: METODO Y CONTENIDOS

Esta actividad, sobre todo en las poblaciones de indios, ocupa un lugar primordial. Aunque el esquema varía ligeramente de un pueblo a otro puede valer como orientación general lo que se hace en el pueblo de Petare:

"El método de enseñar la Doctrina a estos indios en este pueblo consiste en que todos los indios y indias de Doctrina, que son los menores de dieciocho años, acuden todos los días a las seis de la mañana con los dos Fiscales al corredor de la casa del Cura, y resan todas las oraciones y toda la doctrina, y a las quatro de la tarde, todos los días concurren en el mismo lugar y hazen lo mismo... Todos los domingos y días de fiesta de la Quaresma, los Fiscales dentro de la Iglesia con todos los indios, casados y no casados, resan la Doctrina, empezando los Fiscales y respondiendo los demás, y por las tardes de dichos domingos y antes de Quaresma y Dominicas de Adviento, salen en procesión los indios por las calles cantando la Doctrina" (I,4).

Se percibe la existencia de un doble tipo de enseñanza. Dos veces al día para los menores de dieciocho años; y los domingos para todos. El tiempo empleado en cada sesión varía según los pueblos desde un cuarto de hora a una hora. Por lo general la catequesis la dirigen los indígenas más instruidos. Durante la Visita uno de los acompañantes de Martí, el Padre Paulino, tiene la misión especial de examinar a los indios sobre su conocimiento de la Doctrina.

Muy raras veces se nos dice en qué consiste la enseñanza. Por alusiones aisladas nos enteramos de que ésta incluye "las cosas necesarias, necessitate medii, et necessitate precepti ad salvandum, la virtud, y eficacia de los Santos Sacramentos, y disposición con que han de recibirlos" (V,12). En Cumarebo se indica que "sólo les falta un libro de Ri-

palda o otro catecismo para mejor resar. Sin embargo que el Fiscal sabe la Doctrina yo les he pedido que compren dicho libro de Ripalda" (I,51). Podemos inferir que este catecismo era de uso general en la Diócesis. Las oraciones principales que recitan son "Padre Nuestro, Ave María, Credo, Salve, Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, Sa-

cramentos, Confesión y Acto de Contricción" (I,274).

La asistencia dista mucho de ser voluntaria. En Santa Ana de Paraguaná el Cura "en los días de fiesta, acabada la Missa, pone guardias a la puerta de la Iglesia, y a todos, grandes y pequeños, ahunque con repugnancia, los haze rezar" (I,89). En todas las poblaciones hay Alcaldes y Corregidores encargados de urgir la asistencia y de castigar a quienes se escapan aunque el Cura de Sanare se lamenta de que "tampoco la executan dichos Alcaldes por que como son indios, ellos con ellos se tapan" (I,365). En algún ca-

so, cuando las poblaciones están muy distantes y no hay Cura Doctrinario que pueda atender a todas ellas, las familias "desde allí embían todos los días por las tardes a los muchachos y muchachas para asistir a la Doctrina... Dichos muchachos y muchachas se quedan a dormir en las casitas de este mismo pueblo, y cenan de algún par de plátanos que se llevan de sus casas quando vienen a la Doctrina, y por esto por las mañanas se resa acá la Doctrina muy temprano, y luego que es día claro, para que estos pobres muchachos y muchachas de Doctrina se vayan a sus casas a almorzar, trabajar, y después por la tarde volver acá a la Doctrina" (II,399).

REDUCCION DE INDIOS

Este es uno de los motivos principales que en la mentalidad de la época justifica la creación forzada de poblaciones de indios dispersos, "para reducir a estos indios... a una vida civil y christiana, que asistan a la doctrina y a que paguen el tributo al Rey" (I,352).

Claro que la idea de civilización del O-

"que sin embargo de que los indios del pueblo de la Puerta tienen alguna inteligencia del idioma castellano se aplican con todo más al nativo de que resulta visible atraso así en la necesaria comprensión de la doctrina cristiana y misterios de nuestra santa fe católica como en todo lo que corresponde a una vida civil y política: ordenamos y mandamos al presente cura y cualquiera que le sucediere y rogamos y encargamos al corregidor, alcaldes y justicia de dicho pueblo que cada uno en la parte que le pertenece tome las providencias convenientes para que dichos indios depongan su lenguaje y se instruyan perfectamente en el español para los dichos y demás importantes fines que el rey nuestro Señor (Dios le guarde) tiene mandado por sus reales leyes y posteriores órdenes cuya puntual observancia esperamos por ceder en servicio de ambas majestades" (V,211).

Sin embargo, estos decretos no obtienen en todas partes el mismo resultado. Los indios de Camaguán "no hablan en español sino cuando resan la Doctrina" (II,136), y los de San Rafael de Atamaica "lo hablan cuando están borrachos" (II,129).

Otra preocupación de Obispo y misioneros en las poblaciones indias es la del vesti-

bispo Martí y los misioneros no deja de ser en ocasiones bastante extraña. Así se dice de los habitantes de Paracotos: "Estos indios están muy civilizados. Ya no hablan sino castellano, ni saben su idioma nativo o primitivo, ni tampoco se sabe de qué nación o naciones sean" (II,560). Siguiendo está política el Obispo decreta :

do. En Altamira, distante quatro leguas de S. Fernando de Apure, el Cura no permite a las indias que asistan a la Doctrina o a Misa con solo guayuco, "lo que me parece acertado —comenta Martí— para que entren en conocimiento de la honestidad y aprendan a tener vergüenza" (II, 472). Con frecuencia se lamenta de que "acá tienen esas mugeres po-



co recato en andar con los pechos muy descubiertos" (I,584) y manda que se predique contra tal costumbre. "El no andar vestidos del todo se atribuye a la floxedad de ellos, que no trabajan para vestir sembrando algodón, texiéndolo e hilándolo, como pueden haberlo fácilmente y también se atribuye a la inclinación del indio a andar desnudo" (II, 239). Martí llega a dar cincuenta pesos al Cura de Cunaviche "para que compre algunos calsones y algunos fustanes para estos indios e indias... y se logre con el tiempo el que todos se vistan" (II,122).

En cuanto a las ventajas o inconvenientes de la convivencia de españoles e indios no hay acuerdo entre los informantes del Obispo. En San Miguel, no lejos de Boconó, "estos indios... me dize este Cura que son de buena índole... y esto se atribuye a que estos indios no permiten que español alguno viva en este pueblo" (I,414). En cambio el Capuchino encargado de Guanare viejo o Morrones dice "que ellos tienen la experiencia de que se civilizan más los indios de un pueblo en que también viven españoles" (I,519).

Desde luego, las indicaciones sueltas que aparecen en las notas de Visita en forma

de observación, recomendación o denuncia parecen confirmar más bien la opinión del Cura de San Miguel. En Cubiro "los españoles les venden aguardiente a los indios para que éstos les entreguen los frutos que cogen" (I,360). Repetidas veces asoma una enemistad más o menos larvada entre hacendados y misioneros. Los motivos fundamentales son que los hacendados no permiten a los indios asistir a la Doctrina para que no dejen de trabajar en sus haciendas (I,411), o que por todos los medios posibles tratan de impedir la creación de pueblos de misión para poder extender sin trabas los límites de sus hatos personales (II,120,131,523).

Pero también el clero participa más de una vez en esta depredación. El Capuchino encargado de Turén reconoce "que generalmente se pierden los pueblos de indios, sean éstos de la nación que fueren, por el rigor con que tratan los Misioneros y los españoles que los engañan llamándolos para que les trabajen sus haziendas, y después apenas les dan cosa de provecho, y ellos, hostigados de esto, se desaparecen y se van a vivir en partes incógnitas o con otros indios del monte" (I 582).

Por eso los decretos de Martí insisten con frecuencia en la protección de los indígenas. Manda al Cura de Cubiro, por ejemplo, que coloque sus propias reses "en paraje que no perjudiquen ni hagan daño a las labranzas de los indios; y le ordenamos que para el cuidado de ellas, ni para el ejercicio de arriar se valga de los indios a menos que éstos voluntariamente quieran hacerlo en cuyo caso les pagará lo mismo que si fuesen gente libre" (V,171). Las Providencias ordenan regularmente "a todas y cualesquiera personas a quienes toque que traten y hagan tratar a los indios con aquella caridad y conmiseración propia de todo cristiano, y muy recomendada por S.M. (Dios le guarde) en sus reales leyes, atendida su infelicidad y condición miserable" (V.201).

No pasará desapercibida la nota paternalista con la que concluye la recomendación anterior. Pero no se crea por eso que las ob

servaciones sobre otras razas resultan más benévolas. Al respecto, habría que notar en primer lugar cómo existe en la época una clara diferenciación entre indios y no indios que pasa por encima de cualquier otra diferencia racial, hasta el punto de encontrarnos a menudo con esta sorprendente clasificación: "Este feligresado (Carache) se compone de corto número de indios, pero de gran número de españoles, esto es, mestisos, sambos, negros, mulatos y blancos" (I,406).

Las apreciaciones concretas sobre cada grupo no son nada halagüeñas. "La gente de este pueblo (Nirgua) es muy mala, y no es de admirar, por que todos son mulatos, sambos, etc., a excepción de muy pocos, y no han te-

nido crianza alguna. Son gente bronca, basta y de ninguna finura, están agavillados y unidos y se puede temer de ellos algún atentado. No faltan entre ellos algunas cabezuelas traviesas y atrevidas" (II,323). Los pueblos de barlovento merecen una apreciación semejante, aunque más concisa (II,655). Pero tampoco los blancos se libran de la lengua de Monseñor. En una época en que abundan las amenazas de levantamiento popular en contra del Estanco del Tabaco, Martí observa que en San Felipe no existe el peligro de intrigas o enredos "porque consta de criollos, de isleños y de viscaínos, y nunca estas tres especies de gentes se unirán para inteligencias ocultas y los unos contienen a los otros y mutuamente se sujetan" (II,380).

EDUCACION DE BLANCOS

Si la Iglesia considera en aquel tiempo una de sus obligaciones principales el enseñar la Doctrina Cristiana a los indígenas, no se siente menos obligada a atender a la formación de los blancos. En la Visita de las grandes ciudades, y aun en la de algunas poblaciones más reducidas, Martí se preocupa de proveerlas de escuelas bien dotadas.

Adivinamos algo sobre la enseñanza que se imparte, por las indicaciones que se hacen sobre el sostenimiento económico de las diversas cátedras. Fundamentalmente se enseña Gramática, Poesía y Retórica. En los lugares menos poblados, como la Guaira, se establece únicamente "una escuela pública de leer, escribir y contar y gramática" (I,14). En cambio, en algunos lugares que cuentan con condiciones especiales se aprovechan esas circunstancias. Así se impone al organista de Guanare la obligación de enseñar a dos muchachos, ya que este instrumento "exep-tuando los de Caracas es el mejor que he oído hasta ahora en esta provincia" (I,553).

No deja de extrañar, aunque por otra parte se comprende, cómo las escuelas siguen

manteniendo un régimen de estudios bastante tradicional precisamente en el momento



en que el Enciclopedia y la Ilustración están dando un vuelco a las concepciones científicas y pedagógicas de la época. Pero sus libros, condenados por la Inquisición, tendrán que entrar en Venezuela de contrabando y serán difundidos a través de una red de sociedades clandestinas.

Para Martí la escuela, además de instruir en los rudimentos convenientes para la vida, tiene como finalidad fundamental enseñar "la Doctrina Cristiana, el santo temor de Dios y demás virtudes" (V,26). Por eso las obligaciones de los maestros en el campo religioso son bastante estrictas.

En Maracaibo éstos celarán para que todos sus discípulos confiesen y comulguen una vez cada mes, oigan misa todos los días, asistan los sábados por la tarde a la salve, los domingos a la procesión, recen todos los días de rodillas al entrar y al salir delante de una imagen de nuestra señora que ellos colocarán a la entrada. Allí mismo se hace una descripción más detallada de los métodos de enseñanza en las demás disciplinas (V,118-119). Para que las obligaciones religiosas estén mejor atendidas, se recomendará incluso, en el mismo Maracaibo, que el maestro sea un sacerdote secular (I,283).

MORALIDAD PUBLICA

moralizar las costumbres

La Iglesia de la época está tan interesada en proteger la moralidad pública como en administrar los sacramentos o enseñar la doctrina cristiana. Las tres áreas, como hemos indicado al principio, son los pilares sobre los que se asienta el bienestar de una sociedad cristiana.

Claro que a la hora de definir en qué consisten las buenas costumbres, el juicio del s.XVIII insiste en puntos típicos de una moralidad tradicional católica. Como era de esperar el campo más vigilado es el del sexo, hasta tal punto que muchas de las indicaciones contenidas en las notas de visita llegan a parecer obsesivas.

Si comenzamos por las denuncias más racionales a este respecto podemos señalar la preocupación de Martí al enterarse que los indios del puerto de la Vela, junto a Coro, "son tan simples y se dejan engañar con tanta facilidad, que les venden o consienten que los mismos marineros cometan torpezas con sus mugeres y con sus hijas, por poca cosa que les den o les prometan" (I,56).

En las grandes poblaciones, como ya hemos indicado al hablar anteriormente del matrimonio, las denuncias más frecuentes se refieren a concubinatos y divorcios. En Maracaibo estas denuncias, algunas de las cuales se reducen apenas a tres líneas, llenan más de ochenta páginas. Doscientos denunciantes aportan detalles diversos sobre los amores ilícitos del Gobernador don Alonso del Río con Doña Bárbara Villasmil.

Unos ochenta acusan también a diferentes clérigos. Todavía el Obispo tuvo que prorrogar casi un mes el plazo para recibir denuncias, ya que lo conseguido le parecía insuficiente para imponerse del estado del vecindario (V,80). También en Barquisimeto previene que se aumente el número de Cabos o Comisionados para que éstos avisen al Teniente Justicia mayor y al Vicario "de cualquier pecado público que sepan o averigüen; y m^a

persuado que sabiendo estas gentes que hay muchos zeladores, se abstendrán de pecar por el temor de ser descubiertos y castigados" (II,76). En las poblaciones pequeñas, en cambio, las denuncias personales son prácticamente inexistentes. En estos casos es el Cura quien se encarga de imponer a su Señoría sobre los principales vicios de los habitantes.

En esta misma línea de las buenas costumbres preocupa sobremanera al Sr. Obispo que en diversos lugares se practiquen bailes, saraos y fandangos, se representen comedias no censuradas previamente o se tome como pretexto la religión para el pecado construyendo altares en casas donde se cometen "muchas y graves ofensas contra Dios, ocasionadas de la junta de ambos sexos, bailes, músicas y visitas, que hacen de noche en los dichos pesebres o altares sobre que con indecible dolor de nuestro corazón hemos sido informados de personas timoratas y que desean la salvación de las almas" (V, 84). No le mortifican menos algunos vestidos femeninos (V,402).

La solicitud pastoral de Martí no se limitará a amonestar a sus fieles sino que echará mano de medidas más expeditivas tales como enviar al hospicio o a la cárcel a las personas que no se quisiesen enmendar. "Para evitar las obscenidades de palabras y acciones licenciosas entre los que han convenido casarse: les prohibimos el que uno entre a la casa del otro, bajo la pena de cuatro rea-

les por cada vez que se contraviniera a esta prohibición" (V,14). En Trujillo se prohíbe so pena de excomunión el que con motivo de la fiesta de San Juan Bautista anden "hombres y mujeres en una propia caballería con ruina de sus almas" (V,226). En la Victoria se impone a los padres de familia "trabajar dos jornales a beneficio de la fábrica de esta iglesia por cada vez que se verifique andar sus hijas (especialmente de noche) solas por las calles, tiendas, pulperías u otros parajes sospechosos" (V,348). En varias poblaciones el Obispo manda construir acequias, o aun las costea de su propio bolsillo (I,543) para evitar que criados y criadas vayan a las quebradas en busca de agua, "sitio muy propiciado para esconderse los hombres y mugeres a executar maldades" (II, 392). En varios de los castigos da la impresión de que la mujer lleva la peor parte.

No faltan sin embargo anotaciones que recomiendan moderación al corregir. Especialmente a los indígenas "es menestar disimularles al principio sus vicios y defectos y no exasperarlos, ni regañarlos, hasta que... estén instruidos en la doctrina christiana, y entonces se les deven quitar los vicios y defectos con prudencia y blandura" (II,110). Así por ejemplo en Altagracia de Orituco "quando se hace algún casamiento, como ellos dizen que el casamiento no es bueno si no baylan, este Cura les permite que baylen, y embia allí a los Alcaldes que presencien el bayle para evitar excessos" (II,503).

borracheras y otros vicios comunes

Después de lo descrito anteriormente, el defecto más corriente denunciado en casi todas las ciudades, poblados y caseríos es el de la borrachera. Martí apunta cuidadosamente en cada caso qué tipo de licor se ingiere en la zona, a qué precio se vende, quién lo destila, qué impuestos paga, qué beneficios obtiene. Son raros o casi inexistentes los lugares donde de una u otra manera no se dé

el problema a no ser que causas mayores lo hagan imposible o muy difícil como es el caso de Mamporal, donde hay "una pulpería en la cual no se vende guarapo, sino aguardiente de España, y con éste no se emborranchan porque no tienen dinero para comprar mucho" (II,660).

Ya entonces algunas ceremonias religiosas son ocasión de que corra abundante li-

cor. Martí se queja de quienes se pasan el tiempo de los velorios "en continuas bebezones y embriagueces" (V,423).

También aquí asoman ciertas apreciaciones sobre la distinta disposición de las razas a este vicio. En Barbacoas "me dize este Cura que no dexa de haver acá borrachera, y no es de extrañar, habiendo indios" (II,454). Aunque en Camatagua se admite que "también los blancos se emborrachan acá, pero no con la frecuencia de los indios" (II,518). Otros vicios bastante comunes son el juego de naipes, la ociosidad "de la qual nacen muchos vicios" (II,345), las contiendas entre familias, el comer carne sin necesidad en los días prohibidos, y diversos tipos de superstición o idolatría.

Algunas denuncias aparecen más raramente y están más localizadas. En Araure el

vicio predominante "es el de la murmuración, y esto nace de que este pueblo se compone de mugeres casi todo el año" (II,18). En Nirgua se amonesta contra el perjurio ante los Tribunales (V,369-370). En Barlovento: "ni la tercera parte del cacao que se recoge en estas haciendas llega a manos de los dueños" (II,630), lo cual tiene como contrapartida que en esa misma región los comerciantes "llegan a reportar las ganancias hasta de 200 por ciento; cediendo todo en gravísimo cargo de sus conciencias, y perjuicio del bien público" (V,436 n.19).

Varios de estos vicios van unidos como es el caso de Valencia donde en las pulperías "a más de la borrachería, también se exercita allí el vicio del juego, que empieza para saber quién ha de pagar el costo del aguardiente que van a beber" (II,423).

relaciones con el poder

La sensibilidad moral de nuestro tiempo está muy despierta para captar logros o fallas en el terreno de las relaciones socio-políticas. Hoy vemos problema en situaciones que hace un par de siglos pasaban desapercibidas. No está de más señalar que dicha sensibilidad no depende fundamentalmente de la buena o mala voluntad de las personas, sino que está básicamente condicionada por el desarrollo que en las relaciones sociales ha alcanzado cada período histórico. Ni el evangelio ni los demás libros del Nuevo Testamento, por ejemplo, piensan siquiera en abolir la esclavitud. A lo más que aspiran es a hacerla más tolerable.

El Obispo Martí es aquí, una vez más, hijo de su época. Lo que él critica, o lo que le llama la atención, es reflejo de un pensar mucho más amplio.

A finales del s.XVIII, como todos sabemos, la esclavitud es una institución que socialmente se considera necesaria para la evolución económica del país, así como hoy el capitalismo considera necesaria la exis-

tencia del "proletariado". Entonces varios de los Curas —y es de suponer que el mismo Obispo— mantenían esclavos. Martí menciona el hecho con la misma naturalidad con la que anota que en el convento de monjas dominicas de Trujillo hay tres legas y cincuenta y cinco criadas para servir a veinticuatro monjas de coro. (I,489).

Sin embargo, algunas de las Providencias dictadas en las diversas poblaciones visitadas insisten en el cuidado y buen trato de los esclavos. Se ruega y encarga a los amos que los mantengan y socorran suficientemente cuando enferman gravemente o envejecen "aún en el caso de que les den la libertad en tiempo de su vejez, o que por otro accidente se hagan inútiles" (V,90). Se exhorta y amonesta a los dueños de haciendas y a sus mayordomos que enseñen o hagan enseñar diariamente a los esclavos la doctrina cristiana y que hagan que concurren todos a la Iglesia los días de precepto, que no les obliguen a trabajar en estos días; que no separen a los maridos de sus mujeres; que los vistan de

manera conveniente; que los socorran con alguna ropa y alimentos y los curen de sus enfermedades (V,431-3, ns. 17-22). Cuando están en juego los derechos de la Iglesia —como es el caso de la asistencia a Misa el domingo— se llega a ordenar a los esclavos a quienes sus amos mandan a trabajar “que de ningún modo les obedezcan en esta parte pues no están obligados a lo que no pueden hacer sin pecado” (V,142).

También las diferencias sociales entre libres llaman la atención del Obispo. En su descripción de Barquisimeto anota: “En esta ciudad hay algunas familias que lo quieren gobernar todo. Regularmente son Alcaldes los de la familia o linaje de los Alvarados y los de la familia o linaje de los Ansolas... Si alguno de ellos es vicioso, no hay acá quien lo corrija. Están pagados de sí mismos por su nobleza. Los pobres, a quienes ellos devan alguna cantidad, no se atreven a pedírsela por temor de que los metan en la cárcel. Los empleos de Cabildo nunca o muy raras veces salen de dos o tres familias, y éstos tienen subyugados a los demás” (II,86). El Cura de la Victoria señala que antes no se vendía tan cara la ropa como ahora... pero desde que se estableció la Intendencia, todas las ropas se han puesto caras” (II,209).

Uno de los problemas políticos más delicados de aquellos años es la imposición del Estanco del Tabaco. El descontento es tan grande que los rumores hablan de un posible levantamiento general. A Martí le llegan noticias en Nirgua de que la voz de los sublevados en Santa Fe era “¡Viva el Rey! ¡Muera el mal gobierno y quítense los pechos y estancos!.. aunque también le dicen que en la sala de Audiencia está la imagen de Tupac Amaru en vez de la del Rey (II,327). El mismo constata en casi todas las poblaciones de Aragua y alrededores de Valencia “que acá hay mucha pobreza y que antes estas gentes se remediaban con el tabaco, y que esta miseria se experimenta no sólo con estos indios (en el caso concreto se refiere a Guama) sino también con los blancos, negros, españoles, sambos, mulatos, etc., y que ahora para ves-

tirse estas gentes sólo les ha quedado el fruto del algodón” (II, 336. Véase también 303, 309, 323...). Sin embargo la actitud del Obispo es cuando menos ambigua, ya que no siente empacho en advertir a todos los vicarios foráneos de su diócesis y al de la de Maracaibo que hagan publicar y copiar la real cédula que establece dicho estanco (dada en Aranjuez a 24 de junio de 1777) “en el libro de estado y gobierno de cada iglesia para que llegue a noticia de todos y no protesten ignorancia... por ser uno de los principales ramos de la real hacienda de nuestro soberano, a quien estamos sujetos y debemos manifestar siempre el amor, reconocimiento y vasallaje que corresponde en la obediencia, prontitud y fidelidad a cumplir sus justas determinaciones” (V,313).

Muchas de las otras indicaciones que podemos recoger sobre las relaciones de la Iglesia con el poder no pasan por lo general de la categoría de anécdotas, aunque sirven para reflejar el talante de la época. Así en Maracaibo, además de dar el jueves Santo la llave del Monumento al Gobernador, éste subía hasta el altar con su escribano para que el Preste le enseñara una hostia consagrada. Martí manda quitar esta segunda parte de la ceremonia (I,287). Cinco años más tarde, al llegar a Calabozo, ya se dispone por decreto “que nunca más se dé la llave del Monumento al Teniente del Gobernador... (ni) a ningún secular” (II,167).

En Escuque se originan disturbios por parte de “don Francisco del Corral, vezino y hazendado de acá, y de su familia, pretendiendo ser superiores a todos, que ellos solos pueden tener asientos y alfombras en la Iglesia y llevar puestas veneras en los mantos” (I,459). En San Felipe se decreta “que no se use de alfombras en la Iglesia estando expuesto su Divina Magestad... (ni) en tiempo de confessarse. Para el uso de las alfombras en esta Iglesia no se puede alegar la suciedad, pues el piso es de los más aseados y limpios” (II,378).

Las relaciones del Obispo con las autoridades son siempre respetuosas o a lo más

distantes. En varios casos se pide su colaboración para mantener en vigor las buenas costumbres o para fomentar la asistencia a la Misa o la Doctrina. En algunos casos, como en Maracaibo, Martí se teme "que con este gobernador Río nada se ejecutará de lo que yo mande o dispusiere" (I,287). El Teniente Justicia mayor de la Victoria le saca de sus casillas pues se comporta como librepensador y libertino: "Es hombre laxo y desordenado, pues ha tenido retosos, tactos o ósculos impuros con mugeres... Es hombre muy libre en el hablar en todas materias y contra todos sugetos... muy loquaz, muy pagado de sí, lleno de propio amor y que piensa entender en todas materias... Es muy jugador de naipes y de truco, gasta mucho en comer y beber... y los hombres de juhizio le tienen por un simplón loquaz y desvanecido" (II, 361). También "Don Francisco Navarro, soltero, Teniente Justicia Mayor de Barquisimeto... es un grande truchimán... todo lo disimula... A este Teniente Navarro le diré en su cara que era bueno para Teniente Gobernador de Ginebra" (II,403-4).

Lo que en todo momento queda claro es que el Obispo trata con los funcionarios civiles de poder a poder. Tendrá cuidado de no inmiscuirse en lo que no le corresponde, pero será muy celoso de proteger sus derechos, aun los más convencionales. Así por ejemplo retrasa las licencias para edificar un Oratorio hasta "dar cuenta a su Majestad... por no exponerme a algún sonrojo por parte de Madrid" (II,361). Pero también se niega a asistir a los regocijos públicos de toros y otras funciones por la proclamación del nuevo Rey (Carlos IV) "porque no tengo palco propio" (II,693).

El mismo ceremonial que acompaña a la Visita simboliza a la perfección este abiga-

rrado mundo barroco del poder eclesiástico. A la vez que se cuestionan los derechos de otros a llevar alfombras, y mientras se entona paradójicamente la antifona "Deus humilium visitator" (Dios visitador de los humildes), la descripción de la entrada del Obispo en la Catedral de Caracas ocupa cuatro páginas: "Su Señoría Ilustrísima... acabado de vestirse el roquete, la capa magna carmesí y el pectoral... volviendo el hisopo al referido Deán fue incensado por éste y conducido por todos cantando la antifona Sacerdos et Pontifex hasta el Altar Mayor donde se volvió a arrodillar S.S.I. en otra alfombra y cojín y hecha la oración debida al Santísimo Sacramento el Expresado Deán cantó la de *Deus humilium visitator*, concluida la cual se levantó S.S.I. y pasó al trono o sitial colocado al lado del Evangelio y adornado correspondientemente con dos taburetes de damasco encarnado colaterales" (III,2).

La inconsecuencia que podamos percibir hoy en todo esto parte de una concepción teológica distinta. Para Martí, como para la mayor parte de su época, el lujo y boato de ceremonias y ornamentos era una forma de acercarse en imagen y reflejo al esplendor de la liturgia celestial. El Obispo, como representante del Dios Imperial, confesaba Su Grandeza comportándose él mismo como Grande. Ello se tenía que reflejar necesariamente en la concepción que la Iglesia tenía de sí misma, y que ha quedado reflejada en las páginas anteriores. Esta sería una institución de salvación poseedora de toda la verdad en el terreno de la doctrina, y de los instrumentos adecuados en el terreno de la gracia. Tal convicción la tenía que llevar a ser intransigente con otros puntos de vista e impositiva con los propios.



CONCLUSIONES

Si leemos hoy este pasado como parte de un proceso aún inacabado, veremos que determinados énfasis son distintos en nuestro tiempo y en el de Martí. Sin querer por ello caer en comparaciones anacrónicas podemos señalar los siguientes elementos de análisis.

1. En el siglo XVIII el lugar privilegiado de encuentro con Dios es el culto, mientras que en la teología latinoamericana actual este lugar está ocupado por la historia. Se retoma con ello la vieja polémica de profetas y sacerdotes en la Biblia. El culto tiende a crear un espacio separado, ajeno a todo lugar y tiempo, imperturbable, celestial. Mientras que la historia, para reflejar la presencia de Dios, tiene que ser transformada en cada momento hasta lograr un mundo de justicia.

2. La teología sacramental tradicional trasplanta símbolos de otras culturas y otras épocas. Los símbolos de las nuevas culturas se rechazan como inefectivos o hasta pecaminosos e idolátricos. Para ser cristiano, el indígena tiene que desnaturalizarse; tiene que aprender un nuevo lenguaje y adquirir nuevas costumbres. Su estado anterior es considerado como incivilizado. Al indio se le enseña a olvidar su propia historia y avergonzarse de ella.

3. La enseñanza de la doctrina es también una transmisión de sistemas de pensamiento previamente elaborados, y concebidos como de valor universal y absoluto. En ningún momento juzgan el conquistador y el misionero que los nuevos descubrimientos pongan en jaque su modo de pensar. Lo que no concuerda con su concepción de la vida y del más allá está, simplemente, equivocado.

4. La Fe se aprende en catecismos y no en el evangelio. De nuevo esta pedagogía mata en germen la posibilidad de lecturas distintas de los mismos hechos. No es casual que las nuevas comunidades de base acudan con frecuencia a la lectura común del evangelio para redescubrir el sentido de su fe.

5. La ética inculcada en los cristianos va a ser una ética del orden. Se va a tratar de organizar la vida de manera que no surjan imprevistos. Lo que rompe las convenciones es peligroso. Los sicólogos modernos insisten en cómo la represión constante del instinto sexual tan inculcada en la moral tradicional, sirve para aniquilar en su raíz todo instinto vital de rebelión en otros campos.

6. La teología nace desde una situación de poder. Se leen los acontecimientos desde arriba. El Dios que libera a los oprimidos y muere crucificado, da paso al Pantocrator imperial que habla a través del Rey y las autoridades. La desobediencia pasa a ser no sólo un delito contra la ley, sino también un pecado contra Dios.

Aún así, la profunda humanidad de Martí y su capacidad poco común sortearon con pericia varios de los peligros en los que podría haberse estrellado. Su concepción del cristianismo es eminentemente pastoral. En la línea de los mejores misioneros supo acercarse a conocer las necesidades de sus fieles y hizo lo posible por remediarlas. Este esfuerzo le llevó la mayor y mejor parte de su vida. De paso nos ha legado una descripción no superada de la Venezuela de su tiempo.

CURSO DE ORGANIZACION POPULAR

**CURSO DE
ORGANIZACION
POPULAR**



TITULOS PUBLICADOS

1. Venezuela neo-capitalista
2. Venezuela socialista
3. Venezuela cooperativista
4. Poder popular cooperativo
5. Promoción y precooperativa
6. La cooperativa adulta

DIRIJANSE LOS PEDIDOS A

CENTRO GUMILLA
Av. Cristóbal Rojas 16 – Santa Mónica
Apartado 40.225 – Tfs. 661.28.40 y 661.95.15
CARACAS 1040-A – VENEZUELA

SUSCRIBASE A



UNA REVISTA CRITICA, DOCUMENTADA Y CONSTRUCTIVA
44 AÑOS AL SERVICIO DE VENEZUELA

Editada por el

CENTRO GUMILLA

Avda. Cristóbal Rojas, No. 16

Santa Mónica

Apartado 40.225

Tfs. 661.28.40 y 661.95.15

CARACAS 104 - VENEZUELA

SUSCRIPCION ANUAL (10 números) Bs. 60,00

NUMERO SUELTO Bs. 7,00

CURSO DE FORMACION SOCIO-POLITICA

1. ¿Qué vas a hacer con tu vida?
2. Análisis Socio-Político de Venezuela
 - a) Período Colonial
3. Análisis Socio-Político de Venezuela
 - b) Siglo XIX
4. La Educación en Venezuela
5. Análisis Socio-Político de Venezuela
 - c) Siglo XX
6. Marginalidad venezolana
7. Realidad Indígena Venezolana
8. Los Medios de Comunicación en Venezuela
9. Análisis Socio-Económico de Venezuela I
10. Los Cristianos ante las Injusticias Sociales
11. Los Partidos Políticos de Venezuela
12. Venezuela y el Petróleo
13. La nacionalización del Hierro
14. La Propiedad Privada: Iglesia - Capitalismo - Socialismo
15. Cristianismo y Socialismo
16. Historia de la Lucha Armada en Venezuela
17. La Agricultura en Venezuela
18. El Productor Venezolano
19. Relaciones entre U.S.A. y Latinoamérica
20. La Corrupción en Venezuela
21. Análisis Socio-Económico de Venezuela II
22. La Existencia Campesina
23. Identidad Venezolana I
24. Crisis de la Izquierda, del Socialismo y del Marxismo

